

FRAGMENTOS DE MI DIARIO

Flor Mixteca

Ya no era yo, no sabía ya quién era la que estaba adentro de mi cuerpo, no sabía lo que la yo que no lo estaba habitando podía ser capaz de hacer... Ojalá me atreviera a matarlo, así recuperaría mi libertad para siempre, o la perdería por completo si me descubrían.

Ya no sé qué era peor. A los 20 años uno cree que lo sabe todo, que tiene el mundo a sus pies; yo me sentía a los pies del mundo, o más bien a los pies de ese monstruo del que alguna vez me había enamorado.

Esa noche rondaba en mi pensamiento, una y otra vez la idea de salir triunfante, me circulaba la adrenalina por el cuerpo, si lo hacía con una jeringa llena de aire mientras el durmiera, nadie lo sabría, amanecería muerto. Parecía ser la única alternativa.

Pero qué pensaría mi madre de mi si me viera, y seguro que desde el cielo estaría haciéndolo. Seguro estaría avergonzada de mí, primero por todas las humillaciones y vejaciones de las que he sido objeto estos últimos tres años. Una señora de su talla social y moral jamás habría caído tan bajo. ¿Cómo es que yo, su única hija llegué a este lugar?

Recordé lo que fue mi primer diario. Al abrirlo me saluda un trébol de cuatro hojas pegado en la portada...

Al bebe que llena de dulzura mi corazón, a la hijita que espero.

Llegarás en Abril, cuando todo se llena de flores.

Llegarás en Abril, cuando las golondrinas llegan de tierras lejanas.

Llegarás a mis brazos hijita y llenarás de alegría mi corazón.

Pronto será la realidad con que mamá sueña. Pronto podré mirar la carita que mil veces he imaginado.

Pronto sentiré las manecitas que harán olvidar mis penas.

Llegarás en Abril hijita y para mí, el cielo se abrirá.

.....

26-IV-78

Mi niña, mi Claudina, llegó el 26 de Abril y yo me siento la mujer más feliz del mundo.

.....

9-V-78

Hoy por fin salimos del sanatorio, bienvenida a casa hijita.

Sigo leyendo las historias más dulces para una bebé, de su madre amorosa y un padre orgulloso... Sigo leyendo y sigo tragando el amor que contiene cada letra plasmada en la libreta dorada de hojas blancas.

Con cada página que leo siento que las lágrimas me brotan y no sé si son de emoción o de tristeza, o si existe una rara mezcla de ambas que nuestro diccionario aún no ha definido.

La historia de una mujer que a sus 40 años de edad se vuelve la mujer más feliz del mundo pues ha tenido por fin a la hijita con la que tanto soñó. Van pasando las páginas y adelante dan aviso de una enfermedad, de una operación, de un viaje de ida y de vuelta del hospital, las palabras de amor se trenzan con la historia al momento que su hija cumple un año y empieza a andar sus primeros pasos. Las letras se quieren pintar de esperanza, pero avanzan las páginas y aparecen más temblorosas.

No puedo abrir el nudo de mi garganta cuando leo:

“Claudinita hijita queridísima

La salud de mamá está tan mal, que quizá no pueda vivir mucho tiempo y no podré estar contigo cuando necesites mis consejos, por eso quiero dejarte un par de líneas que espero te ayuden en tu vida futura:”

Después de 5 consejos amorosos, una despedida:

“Piensa que desde una lejana estrella estoy mirándote, a tí”

Las lágrimas apenas y me dejan leer las últimas líneas que me escribió mi madre antes de morir cuando yo no cumplía aun los dos años. Me dice, que quien da amor recibirá amor, que el mundo está lleno de cosas lindas, y que si sé mirarlas, seré feliz.

En este momento de la vida, no tengo idea ya de lo que es ser feliz. Todo empezó cuando una nube oscura pasaba por mi familia unos años atrás. La primera señal fue que murió Samanta, la perra callejera de mil historias, a quien adoptamos los niños del fraccionamiento cuando recién llegamos a vivir a Puerto Escondido. Se quedó a vivir en mi casa y cada año nos dio al menos una docena de cachorros que con cariño habíamos dado en adopción, en su mayoría a los jardineros y albañiles de la zona que querían una mascota tan noble, fiel y buena guardiana como nuestra Samanta. Habrá tenido por lo menos 13 años de edad el día de su muerte. Y me pesa un poco darme cuenta que con los problemas en casa no le habíamos dado la atención que se merecía en sus últimos meses.

En casa habíamos pasado una época oscura y de poco entendimiento entre mis padres y yo, entre su vida y la mía, la comunicación no era buena y me había sentido defraudada por ellos en momentos donde necesité de su atención y apoyo incondicional, que en esos momentos no sentí haber tenido. Busqué refugio y lo encontré con Rommyna con quien al poco tiempo de su llegada a la secundaria técnica 86, nos hicimos mejores amigas. Pasé a formar parte de su familia por una temporada en lo que se resolvían los roces con la mía.

Entré a trabajar en la platería de la familia de Mamut, su entonces novio. Trabajaba en el adoquín por las tardes. Del librero pasaron por mis manos infinidad de libros interesantes que me enseñaron nuevos mundos, mundos místicos, de gran sabiduría, diferentes filosofías y prácticas esotéricas que llamaron cada vez más mi atención. Había leído algunos libros de la selección de mi mamá, unos por intuición incluso a escondidas, como fue el caso de "Arráncame la vida" de Ángeles Mastreta. También había leído los de Carlos Cuauhtémoc

Sánchez, que en su momento no puedo negar fueron una influencia positiva de moral para la adolescencia, pero estos libros que pertenecían a la mamá de Mamut, me enseñaban otras cosas que sentí me servían más en la vida. Aprendí en ellos, costumbres de otros países y sociedades, como los esquimales que se lavaban con pipí, los efectos curativos de piedras y cristales de los que poco a poco me fui haciendo fan y conocedora; anduve por los caminos de Santiago y del desierto lejano de la mano de Paulo Coelho, entre otras cosas que ayudaron a abrir mis horizontes de esos años.

Las cosas con René mi entonces novio, después de aproximadamente año y medio, empezaban a cambiar también y se rumoraba que había una tal gringuita que venía de vacaciones que se le había metido por los ojos hasta quien sabe dónde. Tampoco él estuvo ahí cuando lo necesité.

Un día entró un chico nuevo a la prepa. Entró al grupo de tercero, uno más arriba que en el que yo iba. Era el único alumno que llegaba en carro; parecía anunciar su llegada haciendo sonar su motor antes de bajar de su caribe GT blanca, se estacionaba tras un derrapón marca diablo que levantaba el polvo de la calle sin pavimentar frente a la escuela. Bajaba erguido, se peinaba el cabello negro lacio hacia atrás con los dedos y esbozaba una sonrisa retorcida con sus delgados y apretados labios antes de entrar a clase mirando a todos por encima del hombro. Usaba jeans y botas de pico y tenía una forma casi atrevida de lanzarme miradas a través de la ventana de mi salón. Su nombre: Hugo, era hijo de unos amigos de mis papás, practicaba artes marciales y venía también de la ciudad de México. Era cinco años mayor que yo y su camino para ir a la preparatoria, al parecer, era el mismo que el mío

pues a menudo me encontraba caminando y me ofrecía darme un ride a la escuela que yo con gusto aceptaba y así podía leer un poco más de mi novela en turno antes que empezaran las clases.

Una vez, hubo un evento de música a donde nos dejaron de tarea a todos los estudiantes de la prepa ir, ya que no había muchos eventos culturales en Puerto Escondido en ese tiempo y había que aprovechar cuando salía alguno. El concierto se daría en el hotel "Fiesta mexicana" por la noche y para variar, Hugo me encontró en el camino y me ofreció un aventón. Cuando René me vio llegar con el (probablemente también Hugo hubiera hecho algún gesto inadecuado). René se enfureció de tal manera que la ocasión terminó a golpes. René se volvió cada vez más y más celoso hasta el punto de hacerlo casi insoportable para mí. Fue él quien terminó con nuestra relación asegurando que Hugo y yo teníamos algo que ver a sus espaldas.

Hice más amistad con Hugo, cuando en un evento de ayuda comunitaria del club Rotario de donde mi papá era presidente. Se trataba de donación de anteojos y se requirieron traductores. Los donadores eran un grupo de médicos optometristas llamado "I Care" que se unió con el club Rotario de Puerto Escondido para cumplir con la labor de diagnosticar y ajustar lentes a 10,000 personas de escasos recursos de la región de la costa oaxaqueña. Mi papá me pidió preguntara entre mis amistades que hablaban inglés quien deseaba ser voluntario. Así fue como Hugo se unió al equipo.

Por cuestión de afinidades nos pusieron a trabajar en la misma área de atención. La jornada

comenzaba cada día cerca de las 7:00 de la mañana y terminaba ya por la tarde. Todo ese tiempo, Hugo pasaba coqueteando entre paciente y paciente hasta el punto en que comencé a corresponderle. Fue un lunes 13 de enero, cuando me besó por primera vez, me había encontrado caminando hacia la prepa y me dio un aventón. Cuando bajamos del auto, se acercó y me besó. Así empezamos nuestra relación.

Mi vida ahora era muy diferente que con René, ya no iba a la playa Carrizalillo los fines de semana, ni tomaba clases de boogie board, poco a poco Hugo hizo que frecuentara menos a mis amistades para pasar más tiempo con él, y pasados unos meses, me vi tan manipulada por el que dejé de ver completamente a mis amigos. En ese momento mis dos mejores amigas eran Rommyna y mi tocayita

Hugo se encargó de satanizar tanto a Rommyna que un día que iba con ella en su carro, él se cruzó en nuestro camino, nos interceptó y me hizo bajar del coche de ella con la amenaza que si no lo hacía nuestra relación terminaría. Con mi otra amiga, también me hizo terminar, armando un malentendido tan tremendo que en un momento por querer ayudarla, terminé perjudicándola y ahí terminó todo. Ojalá que un día la vida me dé la oportunidad de aclarar este capítulo tan frustrante y mal entendido del que tampoco corresponde hacer mención en este momento.

Pasé a tercero de prepa y él se hizo regresar un año para estar en el mismo grupo un año más. Nuestra diversión era hacer los trabajos de la escuela juntos, pasar tiempo con sus papás jugando juegos de mesa por las noches, me hice muy buena en el scrabble y el

dominó. También íbamos juntos a las reuniones de nuestros padres y sus amigos cuando no nos escapábamos por ahí a la seducción en auto.

Pasaba tanto tiempo con Hugo que se me empezó a olvidar quien era yo sin él. Cuando estábamos por terminar la prepa, llegó el momento de ver que seguiría. Y pues como era lógico lo que le sigue a la prepa es la universidad, me emocionaba mucho entrar a la escuela grande, para lo cual tendría que dejar mi pueblo e ir a alguna ciudad que contara con universidad.

Mi papá me dio muchas opciones, me dijo que estaba la Universidad estatal de Oaxaca, o que podría enviarme a Estados Unidos con mi tía Sibille o hasta a Alemania con mis medios hermanos o tías que viven allí. Por otro lado Hugo me sugería que fuéramos a vivir a la ciudad de México, donde él tenía un departamento propio, donde podríamos vivir el tiempo que durara nuestra carrera, de manera gratuita (lo cual pensé que agradecería mucho a mi papá).

No estaba segura de qué carrera quería realmente estudiar, contaba con una orientación vocacional bastante deficiente, pues no tenía realmente conciencia de las carreras que existían. Era bastante buena para la biología, el dibujo, me llamaban mucho la atención las carreras escénicas, como el teatro, pero tenía desconocimiento total de lo que realmente implicaba tomar una decisión como la que seguía.

A mi papá no le pareció muy buena la idea de que estudiara algo así como teatro y mi poder

personal no era tan grande como para imponerme a una cosa en específico, estaba más bien un poco llevada por las corrientes de aire alrededor mío. Quería hacer feliz a mi papá y Hugo quería que estudiáramos lo mismo, así que a la hora de ponerle punto final a la palabra, esta tomó la forma de Arquitectura. Sería arquitecto, como mi papá y él estaría muy orgulloso de mí, la gente me llamaría Arquitecta Fischer y eso suena muy bonito. Además dicen que no es tan matado como estudiar medicina ni tan mal pagado como vivir del arte.

Hugo y yo hicimos un viaje a la ciudad de México para ver posibles escuelas, él era quien conocía la ciudad así que él fue el guía. Visitamos Reino Aventura, Chapultepec, Divertido, la UAM que estaba en huelga y la Universidad del Valle de México, que terminó siendo la buena.

Hicimos el examen de admisión y nos inscribimos en la UVM campus Tlalpan. Nos instalamos en el departamento de Hugo en la unidad Independencia a unas cuadas de la casa de mi tía China la hermana menor de mi mamá Carmen y comenzamos una vida formal de pareja cuando yo tenía 18 años.

La despedida de mis padres, fue muy dura. Durante el camino de Puerto Escondido a la ciudad de México, no pude más que llorar, lloré mucho, lloré por dejar atrás mi casa, mis padres, especialmente a mi mamá que no era de sangre pero si de corazón y que no se quedaba nada contenta con lo que estaba pasando. Ella viene de una familia muy conservadora y el hecho de que su hija de 18 años se fuera a vivir con un muchacho sin estar casada le parecía digno de esconderse. Y bueno, además de que Hugo, no le caía

especialmente bien. Al parecer, ella presentía que la cosa se iba a poner más fea aún, pero ¿Cómo meterse a hacer cambiar de opinión a una jovencita enamorada y dominada?

Doce horas de camino a la ciudad; despertaba, lloraba y me volvía a dormir en la parte trasera de la camioneta de Pierre, un amigo francés de las familias, que tenía que ir al Distrito Federal y nos estaba dando un aventón con todas nuestras cosas. Lo que lloraba en el trayecto, eran las primeras lágrimas de muchas que les seguirían a éstas, en mi nueva vida en la ciudad.

Al llegar a la capital, primero tuve miedo de socializar; como en provincia hay la tradición de no querer a los "chilangos" pensé que en "chilangolandia" habría la misma tradición al revés, pero no fue así; todos nos acogieron con buena onda al saber que veníamos de Puerto Escondido y rápidamente hicimos buenos amigos en la carrera. Con el tiempo y las reuniones en nuestro departamento, el grupo de arquitectura fue volviéndose más unido...y Hugo más celoso.

Comenzó a escoger la ropa que quería que yo usara y por medio de sus poderes manipulativos me hizo creer que era lo mejor para mí. Se volvió muy exigente en la cocina y cuando no le gustaba algo que yo hacía, había pleito; cuando no le gustaba algo que yo decía, había pleito. Cuando había pleito, quería que yo le terminara pidiendo perdón por todo y si no lo hacía, había más pleito; cuando había más pleito, habían gritos, cuando la cosa no salía como él quería, cuando le contestaba, o lo contradecía o me justificaba, comenzaba a haber violencia.

La violencia, de Hugo hacia mí, fue creciendo casi día con día, como un monstruo imparables que se volvía cada vez más exigente e intolerante, en la cocina, en la cama y en la vida cotidiana. Al monstruo le espumaba la boca cuando se enfurecía y se enfurecía ante la mínima expresión de lo que fuera. Cuando la boca le espumaba, no se le podía hablar, tenía que ser sumisa, había que pedirle perdón por lo que fuera, mostrar actitud de pedir misericordia y sólo así se le podía tranquilizar.

Cuando el monstruo creció más, había que actuar mejor, pues si las disculpas no eran sinceras y la humillación verdadera, se enfurecía más aún y no solo gritaba, empujaba, tiraba sino que comenzaba a lanzar golpes. Los golpes con el tiempo fueron aumentando en potencia y frecuencia, al igual que mi miedo hacia él.

Una vez la cosa se puso tan fea que comencé a gritar, a pedir ayuda, a lo que él respondió echándome de la casa. Tenía puesto únicamente mi camisón y era de noche. Llorando y llena de vergüenza llegué a casa de mi tía que vivía por ahí. Le dije que habíamos peleado, que si podía quedarme allí. Me dieron algo de ropa y pensé en quedarme ya con mi tía por una temporada en lo que se resolvía mi vida de alguna manera; pero a la noche siguiente él estaba ahí, en el jardín de mi tía importunando a la familia y para protegerlos de tales molestias terminé volviendo con él.

En un momento le dije que quería irme de ahí, que la relación no parecía estar funcionando

ya, y que estaría buscando un sitio a donde irme. Entonces él comenzó a amenazar con hacerse daño. Tomó las tijeras y comenzó a cortarse el brazo y a hacerse sangrar, decía que se mataría y que todo sería mi culpa. Me aterró y desistí de la idea.

¿Cómo llegué ahí? No lo sé. En la historia de mi familia se escuchan muchas cosas, pero ninguna caída como la mía. Sentía pena por mí misma; más aún delante de mi familia, mis lindas y bien cuidadas primas hijas de familia fresa como se dice, empezaban a enterarse de mi situación y yo no sabía cómo manejarla. Me preguntaba si mi destino hubiera sido diferente de haber crecido con ellas.

Cuando murió mi mamá Carmen en Alemania, la familia Díaz en México había sugerido llevarme con ellos, dado que mi padre ya no quería más hijos cuando terminó con su primera esposa de donde ya tenía dos varones 11 y 16 años mayores que yo. Me platicaron mis tías, que mi madre tenía unas ganas inmensas de tener una niña desde temprana edad y que mi nacimiento fue su mayor realización. Mis adoradas tías estuvieron dispuestas a llevarme con ellas, pero terminé quedándome, donde supongo tenía que quedarme: al lado de mi padre.

La vida de mi padre no fue fácil, especialmente en sus principios. Nació en mayo de 1940 cuando Alemania sufría los estragos de la segunda guerra mundial, había poco que comer y la economía estaba por los suelos. Me platicó, que el dinero llegó a devaluarse tanto que se pesaban los billetes en una báscula para comprar pan.

Mi abuelo ya había tenido una situación difícil, durante la primera guerra mundial donde tuvo que combatir. Recibió un disparo en el brazo que lo dejó imposibilitado para continuar siendo violinista, convirtiéndose en maestro de escuela. Gracias a esto conoció a mi abuela con quien tuvo 7 hijos, de los cuales mi padre es justamente el de en medio. Cuando inició la segunda guerra mundial también se vio obligado a participar de manera activa dejando sola a su familia por algún tiempo. Sola mi abuela se las arregló para sacar adelante a sus hijos.

Cuando la segunda guerra mundial terminó, mi abuelo tuvo que pasar un proceso de desnazificación que duraría dos años en los que no pudo volver a su oficio de maestro ni desempeñar trabajo alguno. La desnazificación, era una depuración, en donde se detuvo a todos aquellos que tuvieron que servir en el ejército nazi, un tiempo en el que mi abuelo no

estaba autorizado a ejercer su oficio y ningún otro. Se pudo ayudar un poco confeccionando pequeñas cucharitas de madera para la sal, por lo que le pagaban unos centavitos simbólicos, resultaba muy difícil mantener a la familia. Mi padre me ha contado tantas historias de ese tiempo, y en todas ellas el protagonista era el hambre.

Por lo que he escuchado, fue un chico travieso y tal vez algo problemático que a menudo le tocaba recibir palizas. La peor que recuerdo la recibió un día que se comió la pieza de pan que debía alimentar a todos los hermanos. Pienso en esto y veo nuestro mundo moderno abundante. Ojalá nadie tuviera que sentir hambre nunca. ¡Pensar que en tantos países del mundo el hambre aun es el común denominador y que en otros el desperdicio de recursos es un hábito comunitario!

Mi padre tendría unos 41 años cuando todo sucedió, había muerto quien fuera el amor de su vida, y se había quedado sólo con una pequeña de un año y medio.

Tengo vagos recuerdos y puedo imaginar cómo me sentía. Él trabajaba como arquitecto de interiores de la empresa Wescho, fumaba tabaco en pipa, tenía barba de candado, vestía de traje; se veía muy apuesto. Me llevó con su mamá quien había ofrecido cuidarme mientras él organizaba su vida y sus compromisos. Mi abuela paterna, a quien llamaba “Oma”, vivía en Tierhaupten, un pueblito de algunas casas, un panadero pasaba en la camioneta por la mañana vendiendo “bretzels” y muchas vacas atrás del jardín.

Esta parte de mi infancia la veo espejeada con Heidi, la niña de las praderas que vivía con su

abuelito, y aunque mi abuelo, mi “Opa” y yo teníamos nuestro mundo especial, había una mayor relación con mi Oma. Con ella tuve el primer contacto con las plantas, aprendí que la caléndula es buena sobre las heridas y la menta calma diversas molestias estomacales. Ella era una mujer muy especial a quien ahora recuerdo como una de mis grandes mujeres ejemplares.

Oma continuó con el trabajo de mi mamá Carmen, escribió en un cuaderno los sucesos más importantes de mi vida hasta entonces:

Viernes, 5. Octubre 1979

Leo un pequeño verso en alemán, que dice que se queda conmigo, que soy una niña callada y dulce, y que mi tristeza es muy grande.

Más adelante escribe cosas tiernas, como el día que a pesar de haber prometido que no sucedería de nuevo, volví a mojar los calzoncitos. También que preguntaba por mi papá, cuando él se iba muchos días, o si había venido con una “amiga”, y yo la había desaprobado.

Aprendí a usar el calendario para contar los días que faltaban para su próxima visita. Por lo demás, disfrutaba bastante de la vida, el cariño de los abuelos, de las hermanas de mi papá que venían a visitar cuando podían, así como el sol, la nieve, el cambio de las estaciones y especialmente, las flores del jardín que pasaba mucho tiempo oliendo.

No tengo muy claro en la memoria como ni cuando fue, pero un día mi padre llegó por mí con la noticia que se casaría de nuevo. Mi madre sustituta sería Ayfer, una mujer originaria de Turquía que había respondido a su anuncio en el periódico.

“Me llamo Claudia y tengo dos años. Mi papá tiene 40 y es arquitecto. Mi mamá está en el cielo. Yo necesito una mamita buena y mi papá una mujer guapa, delgada e inteligente. En Marzo nos mudamos a Nurenberg. Mi papá es de pelo oscuro, tiene bigote y barba, fuma, le gusta el vino, es Tauro, pero es muy lindo 176/75 Escríbenos y manda foto para encontramos. B53735”

Dejé a mis abuelos y a mi primera mejor amiga, Michaela, en el pueblito de Tierhaupten. Nos fuimos a Leinburg, una pequeña población cerca de la ciudad de Nurenberg. El tercer matrimonio de mi padre se celebró con una comida en el jardín la misma fecha que mi madre había muerto. Ayfer lucía un vestido café sencillo y yo tendría una nueva mamá, pudiendo así vivir con mi padre. Al poco tiempo, murió mi Oma y Ayfer tomó en sus manos el papel de continuar escribiendo mi diario.

Al abrirlo encuentro una foto de mi papa, una de Ayfer y una mía recortada en forma de corazón.

5-V-1981

“Desde el primer momento en que te vi, te quise mucho.”

“¿Eres tú mi verdadera mamá?”

Fue la primera pregunta de Claudia.

Las siguientes frases de Claudia fueron:

“¿Por qué traes calzones lilas?”

¿Si tú eres mi mamá, por qué nunca nos habías visitado?”

Si ustedes dos se van a casar, yo me quiero casar con ustedes también.

¿Porque la gente se tiene que morir?

Yo quiero ser inmortal.”

26-V-1981

“Algún día, cuando crezcas, podrás leer lo que te escribo, y lo que tu linda mamita te escribió en el otro cuaderno, es muy triste que de bebé hayas perdido a tu mamá. Yo no la conocí, pero la llevo en el corazón. Ella no murió, mi niña querida, sólo que ya no vive entre nosotros, vive en otro mundo. Algún día, allá nos vamos a encontrar y vamos a vivir más felices que aquí.

Yo seré una buena madre mi niña querida, te quiero mucho y te voy a querer siempre.

Tu segunda mamá.

Ayfer”

En este diario, escrito en perfecto alemán, leo el cariño que ella va engendrando por esa niña que acaba de adoptar, los primeros momentos felices, los siguientes meses que le traen información sorpresiva, como que el hombre con el que está no le había dicho que tenía otros dos hijos, leo como se desilusiona cada vez más, pero esta niña es quien la mantiene al lado de un hombre que no la comprende, ni considera sus necesidades de mujer, leo su dolor al lado de mi padre, leo entre líneas la enorme necesidad de desahogarse que tenía, me doy cuenta de su soledad, de sus sueños rotos, su historia triste, entretejiendo las vivencias conmigo, me cuenta como me parezco cada vez más a mi mamá del cielo.

En los recuerdos de la vida en Leinburg, sobresale el de Christian, un muchachito pecoso de nariz respingada que vivía a un par de casas de la mía, apenas 6 meses menor que yo.

Christian y yo íbamos juntos en el kindergarten y vivíamos nuestro propio mundo mágico por las tardes. Las fiestas imaginarias en el descanso de la escalera de la gran casa, las crípticas excursiones al sótano, las correteadas en el campo entre los sembradíos de maíz y trigo, las trampas que hacíamos para que el granjero gruñón cayera en un hoyo cubierto por ramitas y pasto, la complicidad a la hora de robar un elote y compartirlo crudo y jugosito, recuerdo las fiestas donde nuestras mamás nos disfrazaban, las risas... Y recuerdo muy bien como él sabía consolar mi llanto.

Fui una niña que lloró mucho, especialmente cuando Ayfer y mi papá discutían, recuerdo haberla visto innumerables veces sentada en el sillón, llorando en silencio y contagiándome su tristeza, me aseguraba que no era yo la causa con alguna de mis travesuras, porque así lo llegue a pensar tantas veces. De algún modo se registraron sucesos en mi mente que a tan temprana edad no se pueden concientizar mucho, pero que más adelante tendría oportunidad de validar.

Enfermé de timidez y no quería socializar con más niños que Christian, afortunadamente después de algunos intentos por disuadirme, las maestras del kindergarten comprendieron y nos dejaron en paz. Por las tardes el malestar se traducía en vomitonas y nariz sangrante, que mamá Ayfer curaba con gotas de agua con sal. Ella era una magnífica mujer, aunque se sentía su infelicidad al lado de mi padre; era cariñosa y considerada conmigo, pero con todo y eso, no logro recordarla sonriendo.

Un día Ayfer me dijo seriamente que ella y mi papa se separarían, que nada tenía que ver conmigo, que ella me querría siempre y me abrazó con una gran melancolía, quise hacer oídos sordos a sus palabras pero no me quedó otra que aceptar que había perdido a otra figura materna.

No volví a ver a Ayfer hasta 25 años después cuando en viaje de mochila al hombro por el mundo, decidí ir a Estambul a encontrarla.

Tendría alrededor de 5 años de edad cuando subí por primera vez a un avión. Abordamos y tomamos asientos en primera clase hacia Estados Unidos de América; pasamos a visitar a mi tía Sibille, una de las hermanas de mi papa, quien vive allí desde pasadita la segunda guerra mundial. Mis abuelos la enviaron ahí para asegurarle un mejor futuro en casa de una señora que bajo la promesa de cuidar de ella en esos tiempos tan difíciles terminó haciéndola su sirvienta. Ahora estaba casada con un hombre millonario y tan guapa y arreglada que nada le pedía a las estrellas de cine de aquella época. Ella me daba mucho cariño y regalitos que me llenaban emoción y sorpresa. En aquel viaje, papá me llevó a *Disney world*, donde mi mente grabó recuerdos que me llenan de colores el pensamiento.

Estados Unidos, fue sólo la primera parada antes de llegar a México, la patria de mi madre que yo estaría pisando por primera vez. Nunca olvidé el momento de estar en el aeropuerto, cuando se acercó una mujer morena vistiendo un overol rojo. Se agachó ante mí y me saludó con un abrazo. De camino en el taxi, yo venía sobre sus piernas y aún tengo vivo el recuerdo de sus uñas rojo encendido, como nunca las había visto.

Llegamos al departamento de soltera de Yoli, donde había una mesita de vidrio que dejaba ver fotos de mi papá y mías, y una habitación verde llena de muñecos de peluche donde yo dormiría durante nuestra visita.

Por esos días comenzaban las posadas y asistimos a una en casa de mi familia mexicana, los Díaz. Mi madre tenía dos hermanas y un hermano que se hallaban reunidos con mis primos y mi abuelita mexicanos. No estaba acostumbrada a recibir demostraciones de cariño tan abrumadoras, pero poco a poco les fui agarrando el gusto a ese amor caliente de mi apasionada familia.

La vida nos abrió las puertas a una nueva época que comenzamos habitando por una temporada en la ciudad de México, donde el hermano de Yoli, mi tío Pli, nos hospedó en un cuarto en la azotea de su casa en lo que quedaban terminados los trámites respectivos, para empezar a ser oficialmente una familia.

Asistí a la última boda de mi papá, se casó con Yoli, en la casa de mi tío, fue una ceremonia sencilla pero con un rico sabor a familia. Estaban presentes los hermanos de Yoli y asistieron también las hermanas de mi mamá Carmen, quedando así unificada la familia. Al poco tiempo, dejé de decirle Yoli y se convirtió en mamá Yoli; hasta un buen día que se quedó siendo únicamente mamá, mamita, mamiurrunchis. Y no había mujer que viviera que se mereciera mejor el título de mi mamá que ella, a sus cuarenta años de pronto tenía una hija de cinco y yo la mamá amorosa que tanto necesitaba.

Abordamos la "Caperucita roja", una Combi VW que compraron para llevar a la familia al nuevo lugar de residencia y tras una parada en Acapulco, llegamos a lo que sería nuestro hogar de ahora en adelante.

Es difícil no buscar escapar en los pensamientos cuando se vive una situación como la mía. Tampoco quería realmente matar a Hugo, había una parte de mí que lo quería, pero sabía que necesitaba escapar de él o la muerte terminaría siendo yo. No sé ni cómo me llevó mi cabeza loca a tales ideas.

Cuando llegaron las vacaciones fui a Puerto Escondido como de costumbre a visitar a mis padres. Por alguna razón Hugo volvió antes a la ciudad que yo y me quedé en casa un poco más de tiempo. Aunque no me atrevía a decirles nada sobre el infierno de mi vida; el tiempo allí fue muy reparador.

Volví a ver a algunos de mis amigos de antes, entre ellos tuve un reencuentro con un amigo muy especial con quien compartía un sentimiento de profundo amor le decíamos "patito".

Fuimos a cenar una noche "Patito" y yo, después de cenar, caminamos por la playa y nos sentamos a mirar la luna que estaba llena y hermosa sobre "Zicatela", cuando nuestros ojos coincidieron, nuestras bocas también lo hicieron y tras ellas el resto del cuerpo se entregó en un amor que yo ya no recordaba que existía. Fue una de las noches más felices de mi vida. Volví a casa sintiendo que en parte algo de mí aún me pertenecía, que aun mi alma estaba

viva. Escribí en mi diario todas esas bellísimas sensaciones que había tenido en la compañía de "Patito", danzaba con emoción la pluma mientras mi corazón parecía querer salirse de mi pecho al recordar sus profundos ojos negros y esos brazos morenos y fuertes, que me hacían sentir protegida de todo lo que hubiera fuera de ellos...

No daba chance la expansión de mis emociones al raciocinio de mi cabeza, no había espacio en mi ser para pensar que sería de mi si Hugo me cachara, no había espacio para pensar en cómo podría terminar esta historia, todo lo que podía, era volar con las alas de mi corazón.

Puerto Escondido, desde que era una niña fue un oasis que refrescó los dolores de la vida; con su energía abierta, el aire calentito que no deja que el corazón se enfríe y las olas del mar que lo limpian todo.

Era el año 1985 cuando después de estacionar nuestra combi roja, llegamos al hotel “Las palmas” después de unos días, nos mudamos a los bungalows “Villa marinero”, casi a la orilla del mar, donde nos quedamos varias semanas. Mi papá había traído libros de texto que le dieron en Alemania, con los que cada mañana me daba clases de cosas como matemáticas y asignaturas de nivel primaria, seguidas por clases de natación, que eran las que más me entusiasmaban. El método de mi papá para enseñarme a nadar, consistía a veces en amarrar una cuerda a mi cintura, sujetarme y soltarme desde fuera mientras yo daba mis pataletas para flotar y avanzar al mismo tiempo.

Poco a poco dejó de molestarme la arena entre los dedos de los pies y cada vez que me metía sola al océano, se convertía en una comunión profunda entre el movimiento de las olas y yo. Mientras veía relucir en mi reflejo, la corona de rayos de sol que se formaban sobre mi cabeza, me convertía en la reina del mar. A pesar de las grandes olas del extremo izquierdo en la playa “Marinero”, me sentía segura y sabía que siendo la "Reina del mar", éste siempre me cuidaría bien.

La vida en los bungalows era linda, participé en fiestas tradicionales con piñatas y aprendí rápido a hacerme buena con el vestido amplio para ganar muchos dulces. Mis papás se quedaban platicando con los dueños de los bungalows por la noche, la familia Quijas, que

algunos años más adelante serían mis padrinos de primera comunión.

Después de una temporada en los bungalows mis papás compraron una casa en el fraccionamiento “Bacocho”, que era en aquel entonces, la única zona de Puerto Escondido pavimentada, por lo que tenía fama que allí vivían los ricos. Cambiamos el espacio recreativo de la playa “Marinero” por el club de playa “Coco´s” y la solitaria playa “Bacocho” que se convertiría en escenario de muchas mágicas puestas de sol.

El fraccionamiento poco a poco se empezó a poblar de matrimonios con niños de aproximadamente mi edad, quienes formamos una palomilla variada de chiquillos que compartimos nuestro crecimiento, andábamos en bicicletas, hicimos clubes de convivencia mixtos y los dividimos a la edad en que los niños y las niñas no tienen mucho que ver entre sí. Nuestros papás se organizaban para hacernos fiestas de disfraces en halloween, posadas y pastorelas en diciembre con todo y burro, en el parque; ralies enigmáticos en bicicletas donde teníamos que descifrar acertijos para encontrar pistas y lugares donde había que hacer alguna proeza antes de seguir. Nos hacían también fiestas de cumpleaños en las casas, las mías siempre tenían jueguitos de concurso donde pudiéramos ganar alguna chuchería linda para la escuela, o dulces.

Hay tantas historias de aquellos tiempos. Mi mamá todavía cuenta la historia de la primeritita fiesta de cumpleaños que me hicieron en donde nuestra combi, "Caperucita roja" se fue al pueblo para recolectar niños, que encontrara por ahí, para llevarlos a la fiesta, pues aún no conocíamos a nadie. Luego con el tiempo, nos convertimos en un grupo solido de chiquitos

traviesos que hacíamos de la calle nuestro campo de juegos, los jardines de los vecinos sufrían los estragos de nuestras múltiples travesuras, entre las que nadie olvida cuando llenamos una alberca de piedras y tierra, o cuando por andar quemando hojitas se nos incendió el terreno baldío que había a un costado de mi casa y por ello me hice merecedora a varias nalgadas.

Mi familia era bastante unida, mi mamá preparaba guisos deliciosos en los que ponía todo su amor y cada día el postre era una deliciosa sorpresa. Los domingos me tocaba a mí sorprenderlos en la cama, llevándoles el café hecho y mis primeros "pininos" de cocina, que siempre eran crepas dulces, que comíamos mientras veíamos a Chabelo. Yo soñaba, como tantos otros niños en algún día asistir al programa y ganarme muchos premios.

Seguido había reuniones en casa, donde mi mamá tocaba sus "chun tatas" en guitarra mientras cantaba alguna ranchera y al final se ponían todos borrachos. Los fines de semana salíamos a cenar, por lo general al restaurante del italiano, una buena pasta o una rica pizza. A mí me gustaba ir a la calle que más adelante adoquinaron, ganándose por mote "El adoquín". Mientras "los grandes" terminaban de cenar, yo me salía a la banqueta a platicar con mis amigos los artesanos, que se ponían ahí a vender sus pulseras, collares y aretes hechos por ellos mismos. Me parecía maravilloso que alguien supiera como hacer pulseras y había algo en esta gente que me transmitía una sensación de libertad que yo estaba segura que de todas los adultos, ellos eran por mucho, los más interesantes.

Por esos días, mi cabeza se llenaba de interrogantes: la más grande de ellas, a los 6 años de

edad, me hizo sentir un vértigo y un hueco en el estómago, peor que aquel que se siente cuando se va cayendo en la montaña rusa, fue en el momento en que vi una noche estrellada, y la pregunta saltó a mi mente:

¿Qué habría en el mundo, sino hubiera nada? ¿Qué es la nada? ¿Qué sería del universo sin universo? ¿Cómo sería el espacio si no existiera el espacio para sostenerlo? ¿Si Dios creó todo, quién creo a Dios?

En mi necesidad por comunicarme con Dios le escribía cartas y las colgaba en lo más alto de los arbustos, en los troncos de las palmeras para que pudiera leerlas. Le daba las gracias por la vida, por mis padres, le componía canciones y le hacía dibujos.

En las noches cuando tenía pesadillas me iba a la cama de mis papás y en medio de ellos me sentía segura. Desde que llegamos a México, dejé de tener la misma pesadilla que en Alemania me persiguió durante mucho tiempo: Me encontraba encerrada en una cabañita oscura en el bosque, había un lobo que quería entrar para comerme. El lobo rascaba la puerta, y cuando estaba a punto de entrar, aparecía un magnífico gran oso a defenderme y cuidarme...

Desde que llegamos había cambiado de pesadilla a una donde el diablo quería meterse en mi cuerpo y esto era más aterrador aún. Y no se diga cuando en la primaria corrían los rumores de la "Matlacihuatl", esa mujer vestida de blanco con una pata de chivo que se aparece por las noches. Yo la veía ahí parada, donde colgaba el vestido para mi primera

comuni3n y me ponía a temblar del miedo. Luego escuché que cuando se aparecen espíritus, hay que decirles de groserías para que se vayan. Poco a poco junté el valor para decirle sus cosas y efectivamente, dejó de aparecerse.

Cuando entré a la primaria, ésta era bastante primitiva. Había pasado todo este tiempo de llegada al paraíso sin ir a la escuela. Cuando empezó el curso escolar yo fui "la nueva" del grupo, no había suficientes bancas y la única condición que pusieron, para que yo asistiera a clases, fue que tendría que llevar mi propio pupitre. Mi papá me hizo uno y entré a la primaria.

Por ser la niña nueva y con acento extranjero, pasé por diversas dificultades, pero al poco tiempo me adapté y me hice respetar a fuerza de golpes bien dados, arrastrones de los pelos y mordidas, metiéndome ahora en otro tipo de problemas, pero siempre los problemas que involucraban a los maestros y a los papás, eran más soportables, que en los que solo participaban los niños. También me hice de un par de muy buenas amigas, y un amigo especial.

Al poco tiempo que entré a la primaria, mi papá encontró sus nuevas vocaciones. Llevaba rato tratando de lograr que el carpintero de la localidad nos hiciera una mesa para comer, y ante la desesperación por la informalidad, terminó mi papá comprando el material y haciéndola el mismo. Le quedó muy bonita, y se siguió haciendo los burós, algunas sillas, banquitos, cabeceras para camas y mi escritorio, luego los vecinos comenzaron a pedirle cositas para aquí y para allá, hasta que terminó asociándose con Humberto, el carpintero de

la zona.

Humberto y su esposa tenían dos hijos, yo me llevaba con Ileana, que era un par de meses mayor que yo. Fue la primera amiga que me invitó a robar, nos subimos a un camión de repartición de "Tía Rosa" y nos robamos un paquete de tortillas de harina que nos fuimos a comer bajo un árbol. A los siete años probé por primera vez el intrépido sabor de lo robado.

Mi papá invirtió una buena cantidad de dinero en el negocio, lo hizo crecer y consiguieron muchos clientes. Después de un tiempo, se dieron cuenta que Humberto estaba haciendo trampas; trabajando clandestinamente por las noches y que aparte se decía que amenazaba con hacerle daño a mi papá. Una vez hasta escuché una conversación de adultos que comentaban donde había dicho que lo mandaría a matar para así quedarse con todo él. Al poco tiempo de esto, la sociedad terminó por romperse y mi papá le dejó todo y puso su propia carpintería; ésta creció hasta convertirse en la más grande de la región "Industrial Mueblera de la Costa"

Mi papá diseñaba muebles de todo tipo, los cuales eran fáciles de identificar entre cualquier cantidad de muebles, pues de uno u otro modo llevaban su sello personal. Los construía con ayuda de otros carpinteros que trabajaban para él, y a quienes quería casi como a hijos propios.

Yo aprovechaba las tablitas que quedaban sueltas por ahí en la carpintería, para hacerles unos dibujos lindos y pegarles conchitas; así inicié el primer negocio de mi vida, vendía mis

cuadros de casa en casa y con esto sacaba unas buenas monedas para comprar golosinas en la escuela.

Otra cosa en la que mi papá puso su corazón, fue en el club Rotario. Desde el día que nos invitaron a una reunión y asistimos. Recuerdo esa noche de ceremonia protocolaria en donde sentadita en un extremo de la gran mesa rectangular, jugaba a portarme lo mejor que pudiera. Esa noche escuché que le comentaban que bien que se portaba su hija, y me sentí feliz que se hubieran notado mis buenos modales a la edad de diez años.

Un día, ya formábamos parte del club Rotario de Puerto Escondido, mi papá iba todos los viernes a la sesión de los hombres, y mi mamá y yo nos integrábamos el último viernes de cada mes, que la cena era familiar y los niños nos juntábamos a jugar hasta cuando llegaba la triste hora de partir, pasada la media noche. Otras veces, las reuniones se extendían hasta la madrugada, entonces me acomodaban unas sillas, y ahí me dormía hasta que entre sueños me sentía levantada y cargada hasta aterrizar en mi cama.

El ambiente del rotarismo resultaba familiar y agradable, cada reunión tenía el mismo protocolo: presentación de los socios, lectura de la prueba cuádruple, el objetivo de Rotary, honores a la bandera, etc. Luego se hablaba de que eventos se harían para recaudar fondos y que cosas necesitaba la comunidad que esos fondos pudieran cubrir, cenábamos y procedía la convivencia.

El club Rotario de Puerto Escondido, a lo largo de todos estos años ha hecho una cantidad

innumerable de obras de beneficencia pública, en muchas de las cuales participé con entusiasmo desde pequeña.

A veces tocaba vender cocos y tortas en la playa durante las competencias de surf en las fiestas de noviembre, el bazar de ropa usada de los sábados afuera del mercado, o bien, ir a recoger basura por las calles, sembrar árboles en el camellón, regalar juguetes el día de Reyes, donde terminaron todas mis barbies que tan celosamente había cuidado hasta la hora de su partida; también llegaron hacer exámenes de la vista a personas de escasos recursos para que recibieran sus lentes graduados de algún programa con oculistas y ayudar a los estudios para la donación de aparatos auditivos, donde Hugo y yo empezamos nuestro romance. Ese espíritu de servicio que llevamos dentro, tuvo muchas bellas oportunidades de manifestarse gracias al club Rotario.

¿Dónde se habían quedado los buenos viejos tiempos? ¿Dónde quedó lo fácil que era la vida? ¿Dónde quedaron los momentos donde podía incluso ayudar a otras personas? Ahora no sabía ni cómo ayudarme a mí misma.

Con el olor de ese nuevo latido que llevaba mi corazón dentro me despedí una vez más de mi Puerto Escondido. Me despedí de "Patito" y entre los sentimientos encontrados resignación y el oxígeno nuevo que había respirado mi vida, llegué al departamento de la unidad independencia.

Volví a mi "Verd-hugo". Cuando vio que mi ecuanimidad se fue fortaleciendo, sus medidas se hicieron más tortuosas también. Su nuevo entretenimiento era quitarme de dormir, como si advirtiera que en mis sueños ahora tenía a donde ir. Se ponía a hablarme, a pelear hasta altas horas de la madrugada y si me empezaba a quedar dormida ponía la almohada sobre mi rostro hasta sentir que comenzaba a asfixiarme. Cuando era benevolente sólo me movía de un lado a otro la cabeza y me zangoloteaba de los hombros para que no fuera a dormirme. Muchas veces lloraba pidiendo piedad de sueño, no pudiendo más; entonces se recostaba junto a mí y nos dormíamos; al menos hasta que él tenía alguna pesadilla donde soñaba que lo engañaba con otro, entonces despertaba a ahorcarme diciéndome "muérete maldita" muérete, me engañaste, muérete.

Un día estaba en la ducha, y tuve un presentimiento, algo pasaría algo muy malo, y así fue, cuando salí de bañarme, Hugo me esperaba con mi diario en su mano. Había comprobado su eterna sospecha, se había cumplido su sueño, ahora si lo había engañado y estaba

comprobado. Lo último que recuerdo fue el ver como volaban las páginas destrozadas de mi diario. Después no supe nada de lo que pasó. Cuando desperté del shock estaba bajo la ducha nuevamente, el agua fría caía sobre mi cuerpo acostado en el piso del baño. Al ver que había despertado, Hugo me tomó por el cuello y me llevó a la fuerza a llamar a "Patito" por teléfono. Él no tenía teléfono propio, llame a "Cabo blanco" el bar de la mamá de mi amiga Rommyna donde cerca sus papás tenían un restaurantito en la playa. Me hizo pedir que lo localizaran, entonces, tuve que decirle bajo la amenaza de Hugo una mentira muy grande. Me hizo que le dijera que no lo quería, que esa noche había sido el peor error de mi vida y otras cosas horribles. Escuché su voz quebrarse mientras mi corazón se quebraba también, lloraba de dolor mientras las manos de Hugo soltaban mi cuello.

En la universidad, mis amistades comenzaban a notar que algo no andaba bien conmigo; los golpes se empezaban a ver cada vez más. Mis amigas me decían que lo dejara, pero había razones por las cuales yo no me atrevía, por un lado sus amenazas de quitarse la vida y por otro el miedo y la inseguridad en mi misma que en estos años él había sembrado en mí.

Un día hubo una fiesta de la universidad y fuimos. En plena fiesta y ya con sus copas encima, quiso que nos metiéramos a una habitación a tener sexo, yo me negué y la discusión se acaloró a tal grado que por primera vez terminó usando la violencia en contra mía en público. Me golpeó hasta que caí al suelo, me jaló del cabello hasta arrancármelo y cuando vio que vinieron los compañeros a ver que sucedía se echó a correr y salió de la casa corriendo, lo persiguieron algunas cuabras hasta que se fue.

Ahora todos sabían lo que pasaba entre nosotros. Esa noche no volví a la casa, me fui a la casa de mi amiga Mónica donde ella y sus papás me abrieron las puertas para que me quedara.

Pasaron un par de días, me localizó y comenzaron las llamadas amenazantes; al no querer importunar a la familia de Mónica me fui a casa de otra amiga de la carrera donde me encontró una semana después y me llevó de vuelta a casa no se ni cómo. Cuando sabía que se había pasado de la raya, aparecía al día siguiente con flores y cartas pidiéndome perdón y haciéndome pensar cada vez que ésta sí que sería la última. Y cada vez yo lo creía.

Me pregunto a cuantas mujeres les pasará lo mismo que a mí me pasó. ¿Cuántas mujeres sufren de violencia familiar? ¿Cuántas mujeres llegan a pensar que es normal? ¿Cuántas piensan que ellas se lo ganaron? ¿Cuántas lo cuentan a sus familiares y amigas? ¿Cuántas como yo, se lo callan? ¿A cuántas les dicen cada vez que es la última? ¿Cuántas se creen esa mentira? "Es la última vez, es invariablemente una gran mentira y lo mejor que se puede hacer en un caso así, es abandonar al hombre lo antes posible, no vale la pena esperar a que cambie, eso es seguro, ¿Porque nos cuesta tanto trabajo reconocer que no nacimos con este hombre y que no tenemos que morir con él?

Cuando tenía quince o dieciséis años había leído "El Alquimista" de Paulo Coelho y una frase se me grabó en la mente desde entonces, fue la que hizo que por fin me diera cuenta, que mi situación no cambiaría sino se empeoraría cada vez más. En el libro se hablaba de un proverbio árabe que decía *"Lo que sucede una vez, tal vez nunca vuelva a pasar, pero lo que ya se ha repetido una segunda, muy probablemente se siga repitiendo"*. Al recordar estas

palabras, supe que tenía que tomar una decisión. Tenía que reunir toda la fuerza interna que me quedaba antes que se me apagara como una velita que está por terminarse. Supe también que tenía que ser muy sigilosa para que las cosas me salieran bien.

¿Cómo puede el amor ser un martirio así y seguirse llamando amor? Debe haber un error sustancial en alguna de las dos partes. Pero cuando se está en medio del revolcón de una ola de semejante tamaño, no queda mucho espacio para buscar la mejor respuesta.

Recuerdo mis primeros amores tan limpios, tan bellos; jamás hubiera imaginado que una experiencia de amar a otra persona pudiera terminar así.

La primera vez que me enamoré tenía 11 años, y fue en los boy scouts. Estaba terminando la primaria cuando llegó este proyecto a Puerto; éste grupo abrió a mi vida puertas muy interesantes, de sana competencia y superación grupal, de respeto y aprendizaje. Fui a mi primer campamento, en donde las vacas nos dejaron sin comida y pasé hambre por primera vez en mi vida. Ser Scout se había convertido en una de las vocaciones de mi vida.

Comencé a mantener mi cuarto más arreglado por si venía la jefa de patrulla a supervisar el orden, aprendí con entusiasmo la ley scout, la oración, la promesa y todas esas cosas. El día que recibí mi pañoleta fue uno de los días más felices de mi vida de adolescente. Hacer fogatas es algo que hasta la fecha disfruto muchísimo y cada que puedo, genero una ocasión para encender el fuego.

La transición a la adolescencia fue dura, porque cambió un poco lo que fuera mi círculo de amistades, con mi mejor amiga de entonces, Rosalba, de piel blanca y cabello rubio, jugaba al futuro; imaginábamos situaciones en la alberca de la casa donde ella vivía. A veces nos acompañaba Juan Pablo y los juegos eran más de acción en el parque. Solas nuevamente abríamos nuestros sueños e intimidad de niñas; hasta que un día, por alguna razón no vino a jugar más conmigo, lo cual fue una cicatriz que se sumaba a las que con el paso de la vida, aparecían en mi corazón.

De pronto me tocaría ir a la secundaria e hice más amistad con mi vecina Bertha, una chica morenita y muy guapa quien me preparaba para mi entrada al taller de secretariado, jugando

con hojas de papel enrolladas por un extremo que al "teclear" sobre ella suavemente producía el ruido de una máquina de escribir. Por las tardes visitaba su casa y jugábamos a pintarnos la boca y los ojos con el maquillaje de nuestras mamás; hice uso una temporada del atari de su hermano Pablo y cada vez dominaba más "pac-man" y las carreras de autos.

Cuando entré a la secundaria nos hicimos amigos Ixbalank a quien frecuentaba por ser hijo de Rotario, pero también por estar en la tropa scout y ser vecino de "Bacocho". Él estaba en segundo, y yo en primero de secundaria cuando empecé a notar que atrás de su sonrisa había un pedacito de diente frontal roto, que me parecía de lo más bello.

Empezó a hacerme visitas a la puerta de la casa, tocando en su flauta "*El cóndor pasa*". Un domingo en la noche, mientras nadaba en casa de los amigos de mis papás, apareció por la reja con la dichosa pregunta que contesté con un "sí" el lunes después de la clase de música. A partir de ese momento me quedé volando en los aires, por primera vez, en mi vida. Comenzaron eternas llamadas de "cuelga tu primero" y "yo te quiero más", también aumentaron los tiempos entre la salida de la secundaria y la llegada a casa, pues cuando se va de la mano, se va más despacito; así conocí uno de los regalos más bellos que como mujer se pueden recibir: las serenatas. Me las llevaba con su amigo "Gordobuche" y sus guitarras al compás de canciones como "Página blanca".

Pasó mucho tiempo antes que una tarde saliendo de los scouts nos diéramos el primero de muchos besos de "piquito", y muchísimo tiempo más, antes de que en medio de un beso apasionado de la secundaria yo creyera que traía una especie de plumón duro que

alcanzaba a sentir a través de sus pantalones. Pasaron dos años y él se fue a la ciudad de México a estudiar la vocacional y nos quedamos un tiempo más viéndonos en vacaciones y mandándonos cartitas. Hasta que pasó, que nos separamos.

Bertha también salió de la secundaria y quienes eran nuestros amigos en aquel tiempo. Comencé a hacerme más amiga de Carlos, el hermano de Ixbalank que estaba en mi generación y las chicas de mi grupo, el "F" que eran varias, cada una muy especial, con cada una había un mundo para compartir y el mundo colectivo donde cantábamos las canciones de moda atrás del laboratorio de química. Compartíamos también con los chicos y todos la pasábamos muy bien. Por las tardes de esta temporada, pasaba tiempo con otros amigos que llegaron del DF a vivir al fraccionamiento. Este año tuve otro par de noviecitos de manita sudada, y Antonio el que me gustaba tanto de mi salón, seguía siendo mi amor platónico.

Los que empezaron a vivir una etapa crítica, fueron mis padres y aunque no quiero tocar mucho el tema, mentiría por omisión si no dijera que me afectó enormemente vivir una época tan oscura de la familia. Muchas cosas cambiaron, vi correr muchas lágrimas de mamá, escuché gritos, disputas, insultos, lloré y grité del otro lado de la puerta cerrada donde dentro mis padres no me escuchaban, haciendo mi adolescencia más dura aún. Me dio un tic nervioso en la nariz y pesadillas repetidas donde mis papás venían en un avión que se estrellaba y a mí no me salía la voz. Esto duró un par de años, después la familia nunca volvió a ser la misma.

Con el tiempo, las aguas poco a poco se fueron calmando en casa y en mi vida de nuevo.

Parece que entraba en una nueva etapa, llegó mi primer ciclo lunar de señorita, el cual recibí con un poco de susto al momento pero con mucha emoción. La maestra de las clases de inglés con quien iba en las tardes, me consiguió mi primer trabajo oficial, que por cierto, requería que hablara inglés, pues el niño que había que cuidar, era un gringuito de dos años de edad, que pasaba una estación cada año visitando Puerto Escondido con sus padres. Los papás del niño que empecé a cuidar por las tardes, eran lo que llamaríamos coloquialmente una pareja de hippies maduros a quienes empecé a admirar mucho por su forma natural, simple y abierta de vivir la vida. Me llamaba la atención que ella no tiñera su cabello, ni se rasurara el vello del cuerpo, lo cual me parecía bellísimo. Pasaba con ellos tres horas cada día, haciéndome cargo de "Beach" un bebé rubio y precioso en todos los sentidos de la palabra, participaba de la armonía que les rodeaba y de ese amor ligero pero profundo que compartían con todos.

Mi círculo de amigos estaba girando de nuevo, conocí a Rommyna y al poco tiempo nos hermanamos en una amistad profunda. Ella llegó del Distrito Federal a vivir a Puerto Escondido y había entrado al taller de máquinas y herramientas a donde me acababa de cambiar por algunos problemas en mi antiguo taller de secretariado, ya que eran profesoras más hoscas de lo que mi susceptibilidad quería tolerar.

Rommyna estaba un poco más alta que yo, de cabello oscuro, largo y sedoso, ojos verdes rasgados, labios bien definidos y llevaba la falda más corta que cualquier otra compañera. De principio no me agrado mucho que entrara a mi grupito de amigas del taller, pero poco a poco me fue ganando y supongo que yo a ella hasta que fuimos sólo ella y yo.

Ella ha sido una de las grandes influencias en mi vida y no sucede que la mezcle mucho con otras amistades para conservar nuestro espacio especial; comencé a entrar en su mundo: ella vivía en “Zicatela” la parte nueva de Puerto Escondido, el ambiente ahí era totalmente diferente que el de “Bacocho”, donde vivía yo. Zicatela, se estaba convirtiendo en un bulevar de turismo surf. Ella me platicaba de los surfistas que había conocido y algunos que ligaba. Me contaba de ese otro mundo que vivía, de su mamá, sus hermanas y los novios de su hermana, las diferentes drogas que algunos de sus amigos habían probado...

Hubo ocasiones en que nos brincamos la barda de la escuela un poco antes de salir, y en vez de esperar que mi mamá pasara por mí, nos íbamos caminando, visitando tiendas de vestidos de quince años y supercitos; pasábamos a oler los desodorantes y ponernos un poco de crema, antes de llegar a mi casa como si fuéramos saliendo apenas de la escuela.

Por ahí me llegaron las "quince primaveras" tan festejadas tradicionalmente en nuestro país. Mi caso, tal vez por ser hija de extranjero, fue diferente. El plan, fue irnos de viaje en verano toda la familia a Estados Unidos a visitar a mi tía Sibille que vivía una vida de millonaria en Charlotte, Carolina del Norte. Luego hacer un viajecito en un camper alquilado por la cordillera de las "Smoky mountains" donde por primera vez, disfruté el escribir las aventuras que iban sucediendo. La fiesta en sí, fue muy sencilla, yo quería más que nada, que hubiera una fogata y los amigos más significativos que había tenido hasta entonces. Fueron pocos los invitados de tal manera que pude emocionarme por la presencia de cada uno de ellos conforme fueron llegando. Llegó una sorpresa extra, que Rommyna llevó a su entonces novio Mamut, quien llevó un buffer que hizo retumbar la manzana entera. Yo lo conocí esa noche,

fue el comienzo de muchas travesuras juntos mientras se convertía en mi gran amigo y mi futuro tatuador de dos símbolos que llevaré en la piel por el resto de mi vida.

Pero esa no fue realmente la noche en que sentí dar el paso de niña a mujer, sino algún tiempo después, una noche en que conseguí permiso de quedarme en casa de Rommyna, salimos con su mamá y toda la banda. Nos fuimos al "Tubo" ese barsucho del que tan mal escuchaba hablar en mi casa. No era más que un cuarto sobre la playa Marinero, tenía dibujos de rastas y surf en la pared, una barra que despachaba cerveza en botella y un montón de gente bailando en su mayoría en estado de ebriedad total o parcial bajo unas luces de discoteca. Ese día sentí que comenzaba a descubrir el mundo. No recuerdo si platiqué en casa que habíamos ido al famoso "Tubo" en la noche, pero sí hubo muchas otras ocasiones y aventuras de las que había que proteger los castos oídos de mis padres.

Entré a la preparatoria Federal por Cooperación "Puerto Escondido"; en toda la escuela habremos sido si mucho 40 alumnos. Rommyna de tanto insistirle que no me dejara sola, entró también al tiempo que yo, pero poco después terminó por salirse, alegando que estar en un salón y eso no era para ella, que mejor nos viéramos por fuera de la escuela, como para ir a la playa y estar en Zicatela. Y así fue. Empecé a visitarla en "Cabo blanco" el restaurante-bar de su mamá, en donde empecé a conectar cada vez más con la gente y la onda de Zicatela.

En las mañanas iba atenta a la prepa, había entrado Jeanett, la chaparrita con quien nos hicimos amigas en el grupo "F" de la "secu" así que no me sentía sola. Los fines de semana,

eran de convivencia familiar en el club rotario donde nos reuníamos a comer; ahí tenía a mi tocaya con quien también la pasaba muy bien y a quien empecé a querer cada vez más.

¡Ah que época de amigos y que fuertes pueden ser los lazos! Qué triste cuando el tiempo, la distancia u otros factores los rompen, pues siempre nos queda algo de cada una de las conexiones de nuestra vida en nosotros.

Hoy que miro para atrás, veo todas esas caras de seres cuyas vidas cruzaron y estarán siempre en mi memoria, mis muchas mejores amigas, los niños latosos, los tiernos, los que ahora veo casados, engordados y hasta muertos, los que saludo con afecto si me los encuentro por casualidad y también a aquellos con quienes solo quedamos de vernos de vez en cuando y contarnos un poco de la vida para no perder la conexión, hay otros que se quisieran ver pero se han perdido de vista y algunos que aparecen ahora mágicamente a través del Facebook...

Mi segundo amor, fue grande también, llegó en la preparatoria. René era un par de años más grande que yo, pero estaba en mi grupo. El hacía boogie board y yo ni idea tenía de lo bueno que él era en este deporte cuando lo que empecé a notar, fueron sus ojos; tenía como un lunarcito en uno, y noté también su voz clara y fuerte, la sonrisa abierta característica de una persona de corazón noble. Hacíamos un juego de la magia donde levantábamos a los compañeros e incluso a los maestros más pesados en su postura de estar sentado en una silla; usábamos únicamente los dedos índices y lográbamos la hazaña entre cuatro personas. Primero se ejercía con las manos presión sobre su cabeza mientras yo decía un rollo sobre

sentirse pesado y después mientras quitábamos las manos poco a poco, el sentado debía sentirse liviano como plumita, después colocábamos nuestros índices abajo de las rodillas y por debajo de sus brazos y fácilmente lo levantábamos en su posición en la silla, como mi papá me había enseñado. René me confesó tiempo más tarde que buscaba la posición donde le tocara poner su mano sobre la mía.

Una tarde nos había tocado justamente a él y a mí quedarnos a hacer el aseo del salón, el cual por falta de presupuesto de la escuela, hacíamos los mismos alumnos por turnos de dos en dos. Cuando terminamos, se acercó y con timidez me dijo:

-¡Claudia!

- ¿Qué pasó?

-No nada...

-Dime, ¿Qué?

-No es que...nada

-Ándale, ya dime -Le insistí-

-Es que me vas a decir que no.

-No, bueno, no sé, tú qué sabes, si no me has dicho nada.

- Claudia, ¿Tú quisieras ser mi novia?

En ese momento sentí que el estómago y el corazón comenzaron a latir juntos a un ritmo muy acelerado. Como respuesta me acerqué a él y nos dimos un beso delicioso que me mandó no caminando, sino volando el camino de regreso a mi casa como llevada por las

mariposas que en mi estómago revoloteaban desde entonces y cada que era hora de ir a clases.

Los días de quedarnos a hacer el aseo se convirtieron en nuestros favoritos, pues quedándonos solos en la escuela, aprovechábamos para compartir las caricias que representaban el amor que nos teníamos y que crecía día con día. Pasaron varios meses así hasta que platicando acerca de la cosa, René y yo decidimos que era momento para probar hacer el amor. Con emoción citamos fecha y lugar:

"El próximo viernes que es último de mes y mis papás se irán al club Rotario, entonces yo no iría y podremos hacerlo en mi cuarto."

Hay cosas que especialmente las mujeres no olvidamos nunca y puede llegar a marcarnos de por vida, nuestra primera relación sexual. Ojalá los hombres estén siempre conscientes de esto. Deseo que la primera experiencia sexual de toda mujer sea tan bella como fue la mía.

Había pintado mi cuarto en tonos lilas que me gustaban mucho y las sábanas las tenía desde recién nacida y eran moradas también, de algodón, suavizado a su máximo por el tiempo. Conseguí una varita de incienso, velas, pétalos de rosas y preparé la escena. René llegó pasaditas las 9:00 de la noche, mis papás se acababan de ir. Yo traía puesto un camisoncito de manta de cielo blanco y él olía muy bien.

Nos abrazamos fuerte y entramos en mi habitación, me cargó y me recostó sobre la cama. Me trató con ternura y respeto a pesar que era su primera vez también y seguramente estaba ansioso. Cuando terminamos, derramé lágrimas como creo que hacemos todas las mujeres después de dar este paso; él se mostró preocupado, pero yo le hice saber que todo estaba bien y en un abrazo nos quedamos ensoñando unos momentos. No teníamos toda la noche, él se tuvo que ir antes que mis padres regresaran. Me quedé dormida en mi cama, pensando en él y en lo hermoso que era el hombre con el que quería pasar el resto de mi vida.

No volvimos realmente a hacerlo en mi casa, sino que los días que íbamos a la playa “Carrizalillo”, donde descubrimos un pasadizo por la maleza cruzando algunas rocas y bajando por un caminito secreto, una playa, de unos 5 metros de largo donde lo único que había era una cavernita que formaban las rocas. Este lugar se convirtió en nuestro nido de amor privado y sagrado a donde llevábamos mi sábana y su grabadora con reggae. Y hacíamos el amor una y otra vez.

Hablando de las primeras veces, por esos mismos tiempos llegó el momento de otra primera vez. Le había casi prometido a Rommyna que si decidía probar fumar un poco de marihuana, la primera vez, sería con ella; pero esa tarde el momento no podía ser mejor. Algo me inspiró a pedirle a René que me diera a probar la hierba. Cuando llegamos a nuestra cuevita, sacó el churrito y lo prendimos en una especie de ceremonia muy hermosa.

Al parecer fumé demasiado, como sucede por lo regular las primeras veces que la gente prueba a la planta. Se removieron muchas emociones atoradas y por alguna razón, comencé

a llorar. Lloré y lloré y lloré todo lo que necesitaba, abiertamente con la boca bien abierta y las lágrimas escurriendo libremente por mis mejillas.

René se asustó mucho. Me decía "No mi niña, pero no llores ¿Por qué lloras? Qué pasa, no, no hubieras fumado". Pero se equivocaba, hoy estoy muy contenta de haberlo hecho y de haber podido encontrar y sacar todo ese llanto para que no se pudriera adentro de mí. A veces guardamos cosas en algún lugarcito de nuestro ser, y algún agente externo nos ayuda a removerlas para poder sacar esos vidrios atorados que luego olvidamos que siguen cortando.

Al poco rato, cuando terminé de sacar todas las lágrimas de dolor que afloraron, me colmó un ataque de risa que me hizo seguir llorando...Perdí completamente la noción del tiempo, de pronto no sabía si habían pasado horas o minutos.

Nos quedamos platicando y la sensación seguía, caímos de pronto en la pasión e hicimos el amor, fue muy diferente que antes; sentía cada parte de mi cuerpo al mismo tiempo y completamente a flor de piel... Y nuevamente no sabía si habían pasado minutos u horas, lo que si sabía es que comenzaba a tener una sed y un hambre aparentemente insaciable (otro efecto de la planta, coloquialmente llamado "monchis"). Afortunadamente René, que tenía más de experiencia en el tema, había sido precavido llevando un montón de golosinas de la tienda que prácticamente devoré. Cuando terminé de comer, noté que el efecto de estar en un estado de conciencia diferente, comenzaba a disiparse.

Más tarde fuimos a la playa Carrizalillo a nadar un poco y esta rutina se repitió varias veces

más.

No sé cómo permití que Hugo se metiera en nuestra relación, tal vez fue el destino o las lecciones que la vida tiene deparadas para nosotros. Creo que la vida nos da las cartas ya escritas y nosotros las jugamos como mejor se puede sin saber que más hay en el mazo.

Que diferente hubiera sido mi destino de haber tomado otras decisiones, pero ahí estaba, todavía después de un año y medio en ese departamento con Hugo sin saber cómo entré ahí y sin saber cómo salir. Al menos ya estaba segura que matarlo no era un buen paso y confiaba en que alguna oportunidad tendría para cambiar de vida.

Para este momento Hugo en sus paranoias, me encerraba bajo llave cuando salía y se llevaba el auricular del teléfono para que no pudiera comunicarme con nadie. Yo sabía que había un día en el que dejaría la jaula abierta, así que poco a poco fui acomodando mis cosas de modo que pudiera llevármelas de un tirón cuando el momento llegara.

La oportunidad llegó un día de Noviembre de 1998. Hugo salió de casa y dejó las llaves, también el auricular del teléfono ¡Que suerte! ¡Que nervios! El momento había llegado, no sabía cuánto tiempo tenía para hacer la maniobra, no lo podía creer. Traté de tranquilizarme y llamé a un par de amigos de la universidad a ver si podían ayudarme; al poco rato vinieron Elizabeth que vivía cerca y Sergio con su combi; rápidamente como pudimos, tomamos las cosas que me pertenecían, la ropa, cosas de la cocina, mi restirador y útiles de la escuela y nos fuimos. No puedo describir la sensación de libertad que habitaba en mi corazón y éste latía con muchísima fuerza, sentía la adrenalina de un niño que hace una travesura muy grande que mientras por un lado tiene el miedo de la reprimenda, por otro tiene la emoción de lo que está haciendo. Ahora sí y de una vez por todas, había huido, había reunido la fuerza y me estaba yendo, sí, tenía mucho miedo pero ya era libre. ¡Era libre! Y tenía la vida por delante.

Sergio me llevó a una casa de huéspedes para señoritas estudiantes que conocía, donde se rentaban cuartos muy lindos compartidos y-para suerte quedaba sólo a unas cuabras de mi universidad. Llamé a mis padres por teléfono y les dije que había tenido un problema fuerte con Hugo, que me había ido de la casa y que ahora me localizarían allí. No di más explicaciones, no sé por qué.

La casa tenía sala grande y confortable; las chicas que vivíamos ahí teníamos más o menos la misma edad y estábamos estudiando, excepto por Carol que era una muchacha con problemas personales más fuertes; me tocó compartir la habitación con ella y con Mariana; al poco tiempo nos volvimos una familia, pero lo mejor de todo era la dueña de la casa. Ella vivía enfrente con su familia y nos cuidaba casi como una madre adoptiva, la Señora Mary. Estudiaba metafísica y basada en ella nos daba muy buenos consejos, nos hacía repetir frases que nos llevaban a sentirnos mejor y a entender mejor las vicisitudes de la vida. Nos daba lo que de algún modo todas las que vivíamos ahí necesitábamos por estar lejos de nuestras familias: amor.

Hugo dejó de ir a la escuela, supongo que por vergüenza y por otro lado, por no contar más con el dinero que me mandaba mi papá, tuvo por fin que conseguirse un trabajo. Fue una vez a buscarme a la universidad, me habló de que mi papá se estaba muriendo y una sarta de mentiras en un intento desesperado por recuperar poder sobre mí. Pude mantenerme ecuánime gracias al apoyo de mis compañeros de la carrera, que uno por uno fueron apareciéndose en la cafetería donde estábamos hablando, se sentaron en mesas cercanas a la nuestra mientras clavaban sus ojos en Hugo; cuando la presión fue suficiente, éste se

levantó y se fue de la universidad y se fue por fin de mi vida. Me quedé sentada un poco confundida, con lágrimas cayendo por mis mejillas, pero contenta de no haber sucumbido a sus chantajes una vez más y sintiéndome segura de contar con tantos buenos amigos.

Hugo volvió a Puerto Escondido, a vivir con sus padres y a dejar claro en el círculo social del pueblo, que yo era una "golfa"(una de sus palabras favoritas), que me acostaba con todos, que era una cochina en la casa que nunca hacía nada, que tuvo que pedirme que me fuera a vivir a otra parte pues ya no soportaba la situación.

Cuando volví a Puerto para pasar la Navidad y el año nuevo con mi familia, tenía una reputación terrible que a la que más le dolía era a mi mamá, a quien terminé contándole la tragedia que había vivido el pasado año y medio de mi vida; me di cuenta que me hacía bien hablar de eso y que mientras más lo aceptaba menos huella dejaba en mí el trauma, así que abiertamente cuando alguien de confianza me preguntaba qué había pasado con Hugo, yo contestaba sin pena con la verdad.

Me encontré de nuevo a Rommyna, ella había intentado tantas veces ayudarme a dejar al monstruo y se había desesperado tanto de mí que me dijo que no le hablara más hasta que lo hubiera dejado. Llena de emoción le dije que lo había logrado. No me creyó y me dijo un tanto fría que la buscara cuando hubiera pasado medio año sin que volviera con él.

Busqué a "Patito" pero me dijeron que se había ido a vivir al gabacho al poco tiempo de mi llamada y no supe más de él en muchos años, hasta que me llegó un tristísimo e-mail que

me contaba que se había ahorcado en Estados Unidos.

Cuando volví al DF, comenzó una nueva época que nunca había vivido. Me puse mi primera borrachera a los 20 años, con mis compañeros de la universidad. Fue un día que nos fuimos a Xochimilco a festejar en las trajineras el cambio de semestre; recuerdo que me dio la inspiración de decirle a cada uno con una voz un poco arrastrada ya, lo mucho que los quería. Las salidas continuaron y se hicieron cada vez más frecuentes con las amigas de la carrera y las de la casa formamos un grupo de féminas reventadas que no dejábamos un viernes o sábado pasar la fiesta sin nosotras. Nos íbamos a las discotecas donde no cobraban cover a las chicas y por lo general había barra libre, de la cual hacíamos el mejor uso que podíamos. Mientras bailábamos a todo lo que el cuerpo daba, investigábamos quien de los chicos que se nos habían acercado contaba con automóvil para al final de la noche, a quien tocaba el turno de intercambiar el coqueto o en ocasiones hasta un beso a cambio de que nos llevara de vuelta a casa.

Tal vez este ritmo, no sea la medicina más saludable, pero realmente sirvió para reconstruir mi autoestima, desde el primer día que un muchacho en la discoteca se acercó a decirme que si sabía que era guapa, fue que me di cuenta que sí lo sabía, se me había olvidado, como había olvidado mucho, que ahora empezaría a recordar. Mi vida tomó un nuevo giro mientras recordaba algunas cosas e intentaba olvidar otras. Recordé como bailar y como coquetear, lo cual mantuve en práctica por un par de años mientras buscaba desesperadamente ser amada y comprendida.

Mi primera relación "post-Hugo" fue con Hiram, un chico pambolero y guapetón de pelito largo del colegio Madrid, que conocí bailando, en una disco cerca de donde vivía. Fue la

primera vez que anduve de "free" con alguien. No duró más de un mes la cosa, pues terminó dejándome por una chica rubia de dinero que había conocido.

Así fue como empecé a fumar tabaco, quezque pa no llorar, porque había prometido nunca más lloraría por un hombre... Me encontré la cajetilla de mi compañera de cuarto y le entré al humo duro y tupido, hasta que casi me caigo del mareo. A partir de ese día, los cigarrillos se convirtieron en otro ingrediente que le ponía sabor a mis salidas.

Pasadas unas semanas, empezamos a acercarnos Javier y yo, un chico de diseño gráfico que estaba en mi grupo de inglés y que siempre me había llamado la atención. Me gustaba un tatuaje que tenía en el dedo, y su forma suelta de pasar el rato. Con el empecé a recordar lo que se sentía tener mariposas en el estómago. Desgraciadamente yo no estaba del todo reparada como para tener una relación estable y a él le gustaba un poco más el alcohol de lo que a mí me gustaba que le gustara. A las pocas semanas el empezó a andar con mi amiga que estaba en su salón y que yo había llevado a vivir a mi casa, lo cual no fue en absoluto agradable y la relación con mi amiga se vio pausada por unos años.

Un tiempo después, en las prácticas de arquitectura que mi entrañable amiga Rossana y yo hiciéramos en una obra de la compañía ICA en la UNAM, conocí a Alejandro y volví a enamorarme, un estudiante de ingeniería que a todas nos parecía guapísimo y que era lo que comúnmente conocemos como un "fresota". No le gustaba que yo fumara cigarrillos ni dijera groserías, con gusto me contenía de estas cosas los días que nos veíamos. Fue una relación bonita mientras duró, unos cuatro meses después se fue al mundial de fut-bol a

Francia y a su vuelta había una distancia tan grande entre nosotros, que simplemente y sin hablar al respecto, dejamos de vernos.

Entonces, mis amigos me presentaron a Mariano, un muchacho un poco más joven que yo, que vivía también a unas cuadras de mi escuela, tenía los ojos verdes, una boca linda, un cuerpo bien formado y musculoso y un arte muy sensual de tratarme. Estuvimos juntos de "free" también algo así como tres meses. No sé con exactitud porque la cosa se quedó hasta ahí.

A estas alturas había tenido suficientes fracasos y quise darme un tiempo para mí, mi carrera desesperada por encontrar ese amor que tanto necesitaba no me había llevado muy lejos.

En la universidad los estudiantes de psicología hacían sus prácticas aplicando tests de inteligencia y otros aspectos mentales a voluntarios de la misma escuela y yo me apunté; queriendo y no la cosa, estas entrevistas tomaron el tinte de terapias que siento me sirvieron mucho.

Sin embargo el trabajo de reconstrucción de mi ser apenas empezaba. La fiesta y los amores fugaces había sido una parte de mi medicina, pero sabía que era tiempo de pasar al siguiente escalón. Que ésta no era la forma de curar un corazón herido, una dignidad fragmentada y una mente llena de recuerdos traumáticos. Tenía que haber algo más allá de esta realidad ordinaria en la que nos buscamos salidas baratas al desamor sin darnos cuenta de que solo estamos dando vueltas a la misma rueda.

II

De pronto ahí estaba en busca de lo que seguía en mi destino, caminando en el desierto, tenía sed, pero debía racionar el agua para que nos durara al menos los 3 días que nos quedaban ahí, me pinchaba cada dos pasos con alguna planta puntiaguda y empezaba a ponerme de mal humor. Sabía que tenía que pasar por esto, que alguna parte de mí, debía ser castigada antes de poder ser bienvenida en el reino de la magia; así que seguí adelante tratando de mantener a la vista a Harry quien llevaba lo más pesado de nuestras mochilas y no parecía estar teniendo las mismas dificultades que yo para avanzar.

No sé ni cómo fue que planeamos este viaje al desierto, o si acaso lo planeamos o simplemente sucedió como suceden las cosas que están escritas, pero agradecí a Dios por la oportunidad de estar ahí. Me había preparado tanto, había dejado de comer carne un mes atrás y traía bien afilada mi intención. Sabía que aunque fuera en sentido figurado, para renacer había que morir y estaba entregada a hacerlo.

Había conocido a Harry unas vacaciones de verano en Puerto Escondido había ido para estar con mi familia, y un buen día, tocó a mi puerta una mujer que tenía una escuela de español, me dijo que me habían recomendado mucho como maestra y quería saber si estaba disponible pues vendría en un par de días un alumno de Suiza y no tenía maestra de español para él. Yo había enseñado inglés a niños en cursos de verano y durante una temporada en un despacho de contadores además de algunas amistades de mi mamá de manera privada en casa. Nunca había enseñado español, pero tal parecía que siempre hay una primera vez.

El primer día fui a dar la clase. La escuela constaba de un salón grande construido sobre un

risco desde donde se veía el mar. Estaba fresco y yo a pesar de no tener idea de por dónde empezar me sentía tranquila y relajada cuando el alumno hizo su aparición. Se trataba de un hombre alto, medio canoso, estaba en sus cuarentas y tenía una energía bellísima. Traía sus propios libros de español de una escuela en Oaxaca donde había empezado sus estudios y de ahí me agarré para continuar con la enseñanza.

A los pocos días me di cuenta que algo en mí estaba tan alborotado que no podía dormir, no supe que me pasaba hasta el momento en que volví a ver su sonrisa. Harry me invitó a cenar un par de veces. Me habló sobre los libros de Carlos Castaneda y los ejercicios para conseguir sueños lúcidos. Hasta me prestó una especie de aparato que se coloca sobre los ojos durante la noche y cada determinado tiempo envía una señal infra roja que aparece en el sueño interpretada de cualquier forma, por ejemplo el sol, pero que al percibirla repetidas veces uno comienza a darse cuenta que está soñando y a partir de ahí puede empezar a controlar los sueños. Yo pensaba que si uno puede controlar un mundo tan efímero como los sueños, seguramente tendría un mejor control sobre su vida.

Faltando algunos días para que el siguiera su viaje por Oaxaca y que yo me regresara a la ciudad de México, fuimos juntos a caminar a la playa Bacocho, cerca de la casa de mis padres que es famosa por sus hermosas puestas de sol. Esta tarde estaba un poco nublada, pero una caminata a la orilla del mar siempre se disfruta. Por ahí nos sentamos a descansar y a ver romper las olas; entonces comenzó a chispear; ni él ni yo nos movimos. En un momento nuestros ojos se encontraron muy cerca en el espacio y fue completamente inevitable que nuestras bocas se encontraran también. Al separarnos y volver la vista al cielo, nos cubría el arco iris más hermoso que haya visto. Estábamos solos en toda la playa y

ambos parecíamos haber entendido la señal. Caminamos de regreso tomados de la mano y yo sentía que me corazón se quería salir del pecho y brincar hasta la parte más alta del arco iris.

De vuelta en casa, estaba completamente enamorada, pero no entraba en mi razón confesar mis sentimientos por un hombre que me llevaba más de veinte años, no creía que mis padres lo aprobarían y quise evitarme la pena. Una noche antes de que me fuera de regreso a la ciudad de México, fuimos a cenar a un restaurante italiano. Nos parecía una aberración dejarnos y organizamos un plan.

Mis papás me llevaron a la terminal de autobuses para tomar el camión al DF, pasaron las doce horas y así como arribé a la ciudad, tomé otro autobús a la ciudad de Oaxaca; donde Harry me esperaba. Pasamos un par de días paseando por Oaxaca y luego nos fuimos a la sierra a un pueblito lleno de magia y neblina, San José del Pacífico, famoso por su tradición de hongos alucinógenos. Ahí rentamos un cuartito lindo; era de madera y tenía una chimenea que calentaba el frío ambiente de montaña, mientras por la ventana se veía la neblina densa del crepúsculo, respirábamos aquel encuentro dulce tan valioso para los dos.

Al día siguiente tuvimos un bellissimo viaje al bosque, tomamos una dosis de hongos alucinógenos cada quien, caminamos por la montaña viendo la magia y el amor en cada cosa de la creación que allí se perpetuaba, todo al rededor era húmedo y frío. Yo me dejaba ir en la transformación de las nubes y el brillo en cada gotita que caía del cielo para fertilizar la tierra bendita que pisaban nuestros pies. Podía sentir el latido de la montaña y ver la

fotosíntesis en las plantas. Con Harry me sentía segura, cuidada, respetada en una dimensión difícil de soltar.

Harry tenía que volver a Suiza y yo a mi vida de colegiala que habita con otras diez chicas en una casa de huéspedes donde no se recibían visitas masculinas, entre otras reglas. Cuando se fue, decidí no estar triste por su ausencia sino alegrarme por el hecho de que estuvo en mi vida como una luz muy brillante.

Ese año, volví a Puerto Escondido; varios días después de lo normal, justo antes de la Navidad. Había inventado algún cuento para mi familia y me aventuré a tomar un vuelo a Suiza, durante el cual, recé porque no pasara nada que informara a mis padres que yo no estaba presentando una especie de examen extraordinario como había dicho, sino cruzando el océano a bordo de un aeroplano a escondidas.

Harry me recibió en el aeropuerto de Berna y de ahí nos fuimos a Lugano donde él vivía. Su casa estaba tan llena de nuestras fotografías como mi alma de sus recuerdos. Conocí a su hija Melanie y a la madre de su hija, que era una pintora con la que tuve una conexión muy bella. Me presentó también a algunos de sus amigos y todos me trataron de maravilla. Hicimos un viaje por unos días a Venecia. Yo me sentí en un sueño dorado cada instante de nuestros días juntos. Era como si la vida me regalara de vuelta lo que antes me había cobrado por error.

Harry y yo seguimos en contacto por teléfono un par de meses y en cuanto pudo, volvió a

México. Conseguí unos chalets que rentaba en Coyoacán y nos fuimos a vivir allí unas semanas. Me presentó a sus amigos, que eran la gente de la revista de izquierda "La Guillotina"; aprendía mucho de ellos, me mostraron cosas bellas de la gente zapatista, cosas que no concuerdan tanto con las que presentan los medios oficiales. Vi un documental que Harry y esta gente habían hecho en Chiapas, para la televisión cultural de Suiza, donde Harry trabajaba, razón principal por la que había venido a México la vez que nos conocimos.

Antes de su regreso fuimos al desierto de San Luis Potosí. Llegamos primero al pueblito de Wadley, desde donde nos internamos hasta el valle del peyote. Habíamos leído mucho sobre esta planta mágica, sobre el maestro que contiene su espíritu, mismo cuyo llamado respondimos haciendo aquel viaje para comulgar con él y su enseñanza. Para éste tiempo ya había leído todos los libros de Carlos Castañeda, quien a lo largo de su historia cuenta sus encuentros con el peyote. Gracias a los conocimientos que estos libros nos dieron y a falta de un chamán que nos guiara en el viaje, tuvimos al menos algo de noción sobre la interacción con las plantas de poder.

La camioneta nos dejó sobre un camino de terracería, tuvimos que caminar varios kilómetros cargando las pesadas mochilas llenas sobre todo de agua. Después de mucho andar, decidimos dejar las cosas bajo una palmita del desierto, que podríamos ver aun que nos alejáramos buscando el peyotito. Caminamos y caminamos pero nada, parecía haberse escondido bastante bien. Los pinchazos de cactus, eran crueles conmigo, el calor aumentaba y la frustración de no encontrar nada me tenía muy cansada. De repente sopló una ráfaga de aire que hizo volar el sombrero que traía puesto Harry, una vez más, nos había llegado "la

señal" (como nos gustaba decir). Al agacharnos por el sombrero notamos ahí a un ladito una familia completa de botones de peyote que se dejaron ver entre el polvo.

Ahí pusimos una ofrenda de cuarzos que llevábamos; le hablamos como don Juan enseñara a Carlos en su aprendizaje, primero pidiéndole al peyotito una disculpa por cortarlo y enseguida explicando que quedaríamos a mano con él, cuando muriéramos y nuestro cuerpo pasara a formar parte de la tierra que lo alimenta ahora. Procedimos cortándolo con muchísimo respeto y cada quien habiendo elegido el suyo lo llevó a su boca. Era casi imposible tolerar el sabor tan amargo y la extraña textura del cactus pero al final ingerimos un par de "cabezas" cada quien.

Pasó aproximadamente una hora antes que el efecto se sintiera, de pronto el cielo pareció abrirse como una flor, podía ver el aire agrupándose antes de formar las nubes, veía mis manos secas que se integraban como parte de esta tierra, vi a Harry andando por allí entre los cactus como un duendecillo del desierto y el día transcurrió lleno de enseñanzas para mí.

Por la noche, hicimos una fogata para calentarnos, pues el frío del desierto comenzaba a calar más que cualquier otro frío que hubiera sentido en mi vida. Había a un lado de donde acampábamos, unos cactus con formas de hombrecillos, estaban por todos lados y a mí me gustaba imaginar que nos cuidaban.

Una vez dormida, desperté y me pareció ver cerca de donde dormía a la intemperie un venadito que se acercaba curioso y cuidador a la vez. Nos miraba en silencio y como

sabiendo que yo lo miraba también me saludó con un gesto y volví a caer dormida.

Al día siguiente, caminamos adentrándonos un poco más en el desierto. Lo único que comimos en todo el día, fueron un par de frutas y más peyote, a quien prefiero llamar Jícuri (su nombre en lengua huichol). No había sensación de hambre, ni de sed, ni de cansancio a pesar de caminar en el sol. A la hora del medio día, dormíamos una siesta bajo los trocitos de sombra que llegábamos a encontrar de alguna de aquellas palmeritas. Lo que estaba completamente deshidratado, era mi piel, la veía partirse como la piel de un reptil. En una de esas, tuve que ir a hacer pipí, fui atrás de una planta del desierto, y al ver ese líquido amarillito y brillante salir tibio de mi cuerpo, sentí un deseo inmenso de tocarlo, metí mis manos, y pareció brillar aún más; casi por instinto comencé a untarme la piel con ésta quedó completamente hidratada y reluciente, con un olor a tierra mojada delicioso. Todo el día mi piel permaneció radiante y mi concepción del pipí había cambiado totalmente de algo que es desagradable a algo que es bendito y maravilloso; cosa que más tarde en mis clases de urinerapia comprobaría. Esa noche, dormimos nuevamente escoltados por los "hombrecitos" como llamé a aquellos cactus con apariencia tan simpática.

Durante la noche y la primera parte del día estuve pensando mucho en una parte del libro "Donde cruzan los brujos" de Taisha Abelar, hace mención de una teoría que me parece interesante conocer: dice que las mujeres alimentamos energéticamente a todos aquellos hombres con quienes hemos tenido relaciones sexuales en algún momento de nuestra vida. Dice que al momento del coito, de ellos salen una especie de gusanos o rayos de energía, que se depositan en el interior de nuestro cuerpo, que aunque pase el tiempo y no veamos

más a esta persona, nuestra energía le alimentará durante toda nuestra vida sexual activa. Que la manera de eliminar estos rayos verdes de nuestro ser, es practicando abstinencia durante siete años.

Siete años, es en verdad mucho tiempo para alguien que está en sus veintes, pero definitivamente no quería alimentar con mi energía a nadie, ni a uno, ni a dos, ni a tres, y mucho menos a Hugo. Durante el "viaje" de Jícuri, le hice una súplica, le dije que me ayudara a sacar esos rayos de energía que pudieran hallarse dentro de mí. Sentí que la respuesta fue afirmativa a manera de un regalo especial. Ofrecí intentar guardar mis siete años de celibato a partir de allí y algo en mí comenzó a vibrar, me quedé sentada sobre la tierra del desierto, sintiendo esta sensación y recapacitando al respecto de lo que estaba pasando. De pronto sentí unas inmensas ganas de hacer pipí, noté que salía llena de brillos verdes que se encajaban la tierra que sedienta absorbía todos ellos.

Cuando Harry apareció le conté lo sucedido, le conté que había recibido un regalo muy grande y que deseaba a partir de entonces guardar mi celibato. Esto dejaba claro que este sería el último viaje que hacíamos como pareja, que de ese momento en adelante los lazos no se rompían ni debilitaban, seguiríamos siendo compañeros de camino y amigos incondicionales. Ambos tuvimos la certeza de hacer una promesa ahí mismo, en el desierto de volver a visitarlo juntos en otra ocasión, como compañeros en este camino de conocimiento que habíamos iniciado.

Al llegar el momento en que las reservas de agua estaban por terminarse, comenzamos a

andar de vuelta al pueblito aquel, donde había una tienda y una especie de hotel. Salimos por la tardecita, y tomamos camino. Nos encontrábamos en un estado completamente conectado con el todo. No importaba cuan largo fuera el camino si estábamos sobre él. Mientras anduvimos para salir del desierto, sentí varias veces clara la señal de que encontraría una cabecita más Jícuri que debía ingerir, veía su forma y su tamaño exactos, antes que de la nada, mi vista fuera atraída una y otra vez a alguna cabecita que se encontraba esperándome de camino. A veces, ésta era parte de una familia de Jícuris que crecían juntos, pero yo sabía exactamente cuál debía de tomar, y lo cortaba con todo el procedimiento ceremonial que merece. Los comía ya sin siquiera sacudirles los restos de polvo y sin percibir el amargo sabor.

Seguimos caminando, el sol comenzaba a ponerse cuando tocamos el camino oficial hacia el pueblo. La luz naranja hacía brillar hasta la última piedrecita y nosotros caminábamos marchando con mucho poder y energía, con mucho equilibrio e inspiración nuestro camino de regreso a la civilización. Llegamos a la carreterita pavimentada cuando se hizo de noche. Volteé mi cara hacia arriba y pude ver todas las estrellas del cielo danzando en círculo antes de caer en una lluvia constante que nos cubría por completo. Harry miró también y nos quedamos momentos que parecían eternizarse ahí, en medio de la carretera viendo como las estrellas llovían constantemente sobre nosotros.

Algo entrada noche volvimos a tomar camino y llegamos a aquella tiendecita que perteneciera al hombre que nos llevara a la entrada del desierto algunos días atrás. De pronto apareció ante mi uno de los hijos del hombre, un muchacho pelirrojo que

morbosamente se acercó a preguntarme: "¿Qué tal el peyote güerita? En cuanto terminó de pronunciar la frase, su cara comenzó a deformarse y a ponerse más roja, su frente parecía tener cuernos y me di cuenta que tenía frente a mí al diablo. Me dio mucho miedo, volteé mi cara al interior de la tienda y las latas que se exhibían empezaron a ondular. Necesitaba ir al cuarto a como diera lugar. Me di una ducha con agua fría y me recosté en la cama con Harry.

La luz del foco era demasiado intensa así que prendimos una vela. Su luz atrapó mi mirada y no podía dejar de enfocarme en ella. De pronto empecé a ver cosas dentro de la flama, como si se expandiera y ocupara todo el espacio que mis ojos eran capaces de ver. Vi bombas cayendo sobre la tierra, y grandes pedazos de hielo que se rompían y derretían, vi gente llorando y volví en mí.

Harry estaba al lado mío atento en todo momento. Lo abracé fuertemente y de pronto volví a irme a otro sitio, me veía a mí misma llorando, con ropas hechas con pieles de animales, mi cabello estaba largo y negro y yo hincada en el piso en la noche, lloraba, habían asesinado a mi pareja, y otras mujeres me abrazaban en consuelo. Yo sabía mi nombre y la historia completa de aquella vida. De pronto volví en mí. Estaba muy agitada, lágrimas escurrían por mis mejillas y Harry me decía asustado que había estado hablando en una lengua que él no reconocía.

Necesitaba por algún motivo que me hiciera reír para relajarme un poco, pues todo lo que estaba viviendo era demasiado intenso. Harry comenzó a hacer figuras con sus manos y la sombra que de ellas provenía al ponerlas delante de la vela. Hacía parodias simplonas que

me daban unos ataques de risa muy reparadores por unos momentos, antes de caer en otro trance que me llevara a otro sitio a ver otras cosas, a ser otras personas. Entre trance y trance, Harry cumplía su labor ayudándome a relajar con un poco de risa en los momentos que salía del cansado trance apenas y podía sostenerme así en la realidad antes de irme nuevamente. Fue esta experiencia la que ayudó a abrir mi mente a la posibilidad de vidas pasadas. Había leído los libros de Brian Wise, pero nada comparado con sentirme completamente metida en ese ser que era, que lloraba y sentía a través del “recuerdo” que esa noche me vino.

Vi muchas cosas, viví muchas cosas, me llegaron mensajes para diferentes personas, algunas que conocía, algunas que no, como pude las anotaba en papeles durante los momentos lúcidos, y ya cerca del amanecer, totalmente exhaustos pudimos dormirnos. Vi mi vida pasar frente a mis ojos, vi el planeta a lo lejos, vi sequedad y calor, vi frío y aguas tomando comiéndose poblados enteros, todo como en una pantalla que ofrecía la luz de aquella vela en el cuartito del hotel en Wadley.

Al volver a la ciudad de México, noté haber tenido un gran y hermoso cambio en mi ser. Sentía un conocimiento mayor al que podía explicar recorriendo mi cuerpo, a la vez, sentía tener más energía y concentración para todo. Me alegré mucho, al parecer el regalo que recibí había sido real. Algo había cambiado dentro de mí. La vida me daba una nueva oportunidad, había muerto y renacido. Tenía por delante la vida entera; no sabía si continuaría con Harry durante el resto de esta, pero ya no importaba. Había aprendido el amor de otra forma, sin apego, sin esperar nada más que compartir el momento, el presente que la vida nos da, el aquí el ahora...

Lo que si sabía era que quería darle a esta nueva yo, toda la sagracidad que merecía, como mujer, como guerrera, como princesa, como un alma que no es buena ni mala, sino existe por gracia divina. Quería honrar el cuerpo que la creación me prestaba, quería usar el cerebro humano maravilloso que poseía, quería expandir el corazón que en mi espíritu palpitaba más fuerte que nunca. Quería agradecer a la existencia por la posibilidad de saltar, correr, bailar, pintar, cantar, escribir y sabía que encontraría la forma de hacerlo.